

Por los años de 1838 a 1845 Francisco Montalvo, hermano mayor del pequeño Juan María, ha hecho brillante carrera universitaria en Quito. Se le quiere y se le respeta como doctor en jurisprudencia y como catedrático de Humanidades. Empieza a ocupar, por otra parte, sitio destacado en la política del país.

Ocupar sitio destacado en la política hispanoamericana durante aquellos años caóticos —y todavía en este siglo de barbarie supercivilizada—, por lo menos en algunos feudos, ya sabemos lo que significa:

¡De un alto puesto a la penitenciaría o al cementerio, según vaya la montonera! ¡De muchos honores mientras se disfruta del poder, aplausos, vivas y genuflexiones profundas, a la abyección y al denuesto! ¡De una sabrosa curul legislativa a las amarguras y miserias del destierro, exceptuando a los antecesores de ciertos políticos de nuestra fecha, que siempre han tenido *previsión y provisión* para distraerse y consolarse en el exilio! Y cuando da vueltas la rueda, a golpes de arcabuz o de machete, otra vez los de abajo arriba y los de arriba al suelo, con variedad abundante de matices en las amenazas, los ultrajes y las persecuciones.

Cosas como éstas sufrió el doctor Montalvo, adversario rotundo de la Constitución florista o floreana de 1843, conocida por "Carta de Esclavitud"; defensor acalorado de las normas democráticas; liberal como su padre, quien durante las guerras de independencia había luchado abiertamente por la República, logrando salvarse milagrosamente de la inmisericorde venganza de los realistas fernandinos.

Si Marcos Montalvo tuvo que escapar hacia las costas en 1820, ser víctima de numerosas peripecias y ocultarse en Guayaquil, su hijo primogénito corre igual malaventura 23 años después —como acaecerá también con el menor de la familia—, bregando todos ellos por ideales de civilización, de libertad y de progreso. El catedrático

de Humanidades es lanzado a la expatriación por el gobierno del General-Presidente Juan José Flores, antiguo soldado de Bolívar y futuro brazo derecho de García Moreno.

¡El señor general Flores, aguerrido y brillante militar venezolano, ya no creía, ni mucho menos, en las doctrinas avanzadas del Libertador!

* * *

Pero da vuelta la rueda. Tiene Flores que dejar el mando y toman el poder los liberales. Regresan los desterrados, entre ellos el doctor Montalvo, todavía débil y enfermo por el calor del trópico y la fiebra amarilla que lo hizo su presa en Guayaquil. Ahora es diputado por Pichincha; se le nombra Secretario de la Convención Nacional de 1845; y el Presidente Roca, en demostración de aprecio y gratitud, lo retiene a su lado con altas posiciones de confianza.

El adolescente Juan María acaba por esos meses de cumplir trece años. Poco ha podido enseñarle en la dismantelada escuela de San Juan de Dios de Ambato, aparte del catecismo y las primera letras, el sufrido pero rudo maestro Romero, quien más entendía de manejar la fusta y la palmeta para escarmiento de niños revoltosos, que de complicados sistemas educativos no puestos a la sazón en boga.

Al pasar el doctor Montalvo por la ciudad de Ambato con dirección a Quito, sugiere al padre la necesidad de llevar consigo al benjamín, ya que su inteligencia y su discernimiento bien ameritan una educación más esmerada.

Don Marcos, quien ya está en la madurez de los sesenta, que ha podido hacer con su trabajo regular fortuna, invertida en su establecimiento comercial, en su hacienda de Baños y en sus huertos de Ficoa, quisiera conservar

en la casona a Juan María, quien ya le ayuda con los libros y otros menesteres del negocio. Está de acuerdo, sin embargo, en que el despierto mozo siga las huellas de sus hermanos mayores en los colegios de la capital.

En 1846 ya tenemos al ambateño como alumno de secundaria en el Colegio de San Fernando. En 1848, con diploma de haber terminado satisfactoriamente sus estudios de latinidad, y con mención honorífica por haber observado conducta irreprochable, se matricula en el Seminario de San Luis. A este benemérito plantel de los jesuitas se le considera, desde la época colonial, "como el primero de estos reinos, así por lo bien organizado como por la calidad y el número de los alumnos".

En mayo de 1851 se gradúa de "Maestro en Filosofía", con las más altas calificaciones. Ingresa después en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, pero la muerte de su hermano y protector en noviembre de 1852, la de su padre en agosto de 1853 y las consecuencias de su primer discurso, lo hacen cortar su carrera cuando entra apenas en la mayoría de los veintiuno.

Con buen acopio de libros y apuntes, alterna entonces su tiempo entre la plácida tranquilidad de Ambato, los árboles frutales de Ficoa y la naturaleza pródiga de la finca de "Puntzang" en Baños.

Casi un cuatrienio pasará Montalvo en su soledad de los Andes, rodeado de sus familiares, de humildes campesinos y de sus amistades de Ambato. Lee constantemente a los clásicos antiguos, a los grandes poetas del Renacimiento, a los enciclopedistas, a los autores castellanos de la edad de oro, a Shakespeare, a Víctor Hugo y a Lord Byron.

Recordando ese período de su vida, que apenas interrumpe de tarde en tarde para dirigirse a la capital en busca de nuevos libros, escribirá el propio Montalvo: "Habían pasado ya por mis horcas caudinas las Vidas Paralelas de Plutarco, las Décadas de Tito Livio, los Do-

ce Césares de Suetonio, la Vida de Alejandro por Middleton", y otras muchas obras de superior estirpe.

De estos grandes maestros y de sus hondas meditaciones frente a la majestad de la naturaleza que lo rodeaba, es indudable que aprendió Montalvo lo que le daría fama y prestigio en su carrera de escritor, así como la augusta serenidad de los hombres superiores en el calvario de su apostolado. Pero esa misma naturaleza y mentores tan esclarecidos harán su carácter irritable y taciturno, porque siente la obligación y la responsabilidad de enfrentarse a los ultramontanos y a los hombres de cuartel que dominan en su país, nada puede hacer desde Ambato, y ya no cabe en el ambiente conventual de Quito.

Permanencia en Europa y nostalgia de la patria

A mediados de 1857, gracias al prestigio y a la influencia política de su segundo hermano, Francisco Javier, extiende nombramiento el Ministerio de Relaciones Exteriores en favor del joven Juan Montalvo, como adjunto a la Legación de Italia, y posteriormente como Secretario en París.

Viaja entonces por las principales ciudades del antiguo continente, se sumerge en las ruinas de la vieja Roma, se extasia en Florencia, llega hasta Venecia, sigue para España, concurre en París a tertulias literarias, se relaciona con Lamartine y otros escritores y poetas, pero una intensa nostalgia lo hace pensar en el regreso a sus tierras de Baños y a sus huertos de Ficoa.

Desde París escribe a su hermano en los últimos meses de 1859:

"...Es inútil repetirte que sólo un vehemente deseo de aprender y de hacer alguna cosa, puede detener en París a un hombre razonable: esta algazara sin término,

esta agitación y este bullicio, me llenan de angustia y de fatiga.

“...Supongamos que hay goces; ¿pero quién es el que no se cansa? Yo no soy constante sino en mis buenos sentimientos, y los placeres que no nacen del corazón son para mí maldades, o ridículas ficciones que desprecio y aborrezco.

“...Es cosa convenida que en París no hay corazón; y el que tratase de hablar de sentimientos, no haría otro papel que el de un inocente provinciano. París es una sirena: dice mucho a los ojos, mas su aliento emponzoña y acarrea la muerte.

“...Alzo la vista, y ella no pasa de ese paredón inmenso que me cierra el horizonte; quiero aire, quiero luz, quiero silencio: tengo que hacer un viaje para encontrar el campo. Aquí no veo una montaña, aquí no puedo pasearme por una colina solitaria, en donde tenga sentimientos dulces, en donde sienta esa pacífica melancolía, que nunca deja de ser un bien, en vez de este fastidio, esta inquietud, este malestar que nos persigue por cualquier parte.

“...Tú me conoces, o más bien, no me conoces. Callado entraba siempre a casa y allí buscaba la soledad. Pero sabía que estaba entre los míos, y ese misántropo intratable, estaba lleno de amor y de cariño por su familia y por su amigo. Nunca lo he dicho a nadie, verdad; pero las palabras no son siempre pruebas de los sentimientos, y esas calladas afecciones son más bellas, porque tienen el mérito del sacrificio”.

* * *

Tocante a la religiosidad de Montalvo, para los que le acusaron y aún le acusan de rojo y descreído, bien vale la pena reproducir los párrafos siguientes sobre la Catedral de Nuestra Señora de París:

“...Inexplicable impresión me causó ese edificio misterioso; desde luego su pórtico es imponente, y bien se conoce que son muchos los años que pesan sobre el domo inmenso. Con cierto temor y sagrado respeto penetré en las naves. ¡Qué emociones las sentidas! Parece que allí se respira un aire sagrado, y el espíritu se conmueve de tal modo que si un ateo entrara en ese templo, saldría con el corazón y el pensamiento llenos de un Dios que no había sentido antes. La majestad y la grandeza del recinto; su silencio, solamente interrumpido por las prolongadas vibraciones de una campana, que invita a la plegaria; aquella lámpara que despide una luz rojiza y apagada; este sollozo comprimido que sale detrás de una columna, son cosas que causan una impresión profunda en el corazón naturalmente triste de un extranjero, que busca los lugares solitarios”.

A principios del 60 resuelve presentar ante el Ministro Plenipotenciario la renuncia de su cargo; pide que se le cubra únicamente la mitad de sus emolumentos, y solicita que se le resuelva su situación para regresar al Ecuador. En esos mismos días escribe otra vez a su hermano:

“Yo, habituado a la cuadra, ¿cómo estaré aquí? Ni veo un cayambe a lo lejos, ni un ejido verde se extiende a mi vista, ni una acequia de agua viene rodando del cerro, ni un árbol en torno mío, ni una flor, ni aire libre, ni sol en el invierno, ni sombra en el verano, ni nada, oh Dios, ni nada. Venir acá de nuestro espacio y nuestra libertad y nuestra luz de América, es lo mismo que bajar del mundo al limbo.

“...¿Qué me importan esos soberbios e inmortales puentes por los que he pasado de una a otra nación? Más emociones sentiré cuando vuelva a pasar balanceando y vacilante el palo de la acequia de Ficoa, o un arrayán caído que había en un arroyo de “Puntzang”. Por ahora más pienso en Baños que en Roma, y con mucho más

gusto volvería a ver al infeliz negro Benito con su cotona de jerga y su carga de leña, que al Pontífice en persona con sus atavíos escarlata y su cayado de oro”.

Montalvo frente a García Moreno

Quebrantada la salud, enflaquecido, melancólico y nervioso llega el joven don Juan de regreso al Ecuador, en 1860. En esos mismos días acababa de afianzar su autoridad en el antiguo reino de Atahualpa don Gabriel García Moreno, después de derrotar en Guayaquil al inescrupuloso y turbulento militar Guillermo Franco. A partir de esa fecha hasta su muerte en 1875, habrá de ser García Moreno el amo y señor de la tierra ecuatoriana.

“Hay en usted elementos para héroe y para tirano”, escribe Montalvo desde su retiro de enfermo al poderoso, el 26 de septiembre de aquel año. Y agrega en impetuosa carta, con mucho de juvenil ingenuidad que hará sonreír al dictador:

“Salgo apenas de esa edad de la que no se hace caso y, a Dios gracias, principio abominando toda clase de indignidades.

“...No piense usted en Rosas, ni en Monagas, ni en Santana sino para detestarlos; acuérdesese de Hamilton y de Jefferson para venerarlos; eso será ya una virtud, un buen augurio.

“...Dimita usted ante la República el poder absoluto que ahora tiene en sus manos; si los pueblos en pleno uso de su albedrío quieren confiarle su suerte, acéptelo, y sea buen magistrado; si le rechazan, resígnese, y sea buen ciudadano.

...Algunos años vividos lejos de mi patria, en el ejercicio de conocer y aborrecer a los déspotas de Europa, hanme enseñado al mismo tiempo a conocer y despreciar a los tiranuelos de la América Española. Si alguna vez

me resignara a tomar parte en nuestras pobres cosas, usted y cualquier otro cuya conducta pública fuera hostil a las libertades y derechos de los pueblos, tendría en mí un enemigo, y no vulgar”.

* * *

Este reto de Montalvo cristaliza años después, al terminar el primer período dictatorial de García Moreno, en *El Cosmopolita*, cuya aparición en enero de 1866 provoca las más opuestas reacciones en la ciudad de Quito. García Moreno y el grupo poderoso de los fanáticos y de los reaccionarios, con un gobernante que será provisional, siguen dominando al Ecuador. Para ellos y para la gran masa del público, incluso para los intelectuales de la época que le niegan preparación y talento de escritor, Juan Montalvo no es más que un hereje, un ambicioso vulgar, un “zambo tullido”, “un cuadrúpedo” al regresar de sus viajes sentimentales por Europa, según soneto que hizo publicar el propio ex Presidente García Moreno, cuya paternidad se le adjudica y que termina en esta forma:

¡Oh tiempo mal perdido! ¡Oh desengaños!
dejar las tunas, el nopal, la sierra
por variar de costumbres y de teatro;

Y tras tanta fatiga y largos años,
regresar de cuadrúpedo a su tierra
quien, yéndose en dos pies, ¡volvióse en cuatro!

Contesta Montalvo a esos ataques, aunque trata de aparecer sereno, con palabras de indignación y de protesta. Será necesario recordar que, coincidiendo con los cinco primeros años de la dictadura morenista, había sufrido nuestro torturado escritor un intenso y doloroso drama con su mal avenido casamiento, porque el apasionado amor de los amantes no pudo ser la mutua comprensión ni la abnegada solicitud del matrimonio.

Tasca Montalvo sus personales sinsabores; disimula, hasta donde puede, las palabras soeces que le endilga la reacción; y sigue publicando sus entregas de *El Cosmopolita*, en diversas épocas según lo permiten sus recursos, hasta 1869 en que de nuevo toma el poder García Moreno, y tiene su adversario que expatriarse para salvar la vida.

* * *

Juzgo indispensable reproducir unos pocos párrafos de esa histórica publicación, en los que se reflejan el pensamiento y la personalidad rebelde del estilista ecuatoriano. Escribió Montalvo en el primer número, cuando García Moreno, aparentemente, había dejado el mando:

“Mucho es que ya podamos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años; mucho es que no hayamos quedado mudos de remate a fuerza de callar por fuerza; mucho es que el pensamiento e ideas de los ciudadanos puedan ser expresadas y oídas por los ciudadanos. La tiranía también se acaba, sí, la tiranía también tiene su término; y a veces suele ser el más corto de todos, según dicen los profetas: “Vi al impío fuerte, elevado, como el cedro: pasé y ya no le vi; volví y ya no le encontré”. Ahora nos falta que no vuelva, en el cual santo deseo Dios está para ayudarnos.

“...Escribamos, hablemos, levantemos el ánimo de nuestros abatidos compatriotas a mejores deseos y más honrosos pensamientos. Cumplamos los deberes de ciudadanos exigiendo la realidad de nuestros derechos, obedeciendo las leyes, llenando las obligaciones que se derivan de ellas, y procurando con el influjo de la pluma corregir las costumbres sociales, malamente estragadas en el decurso de estos años. Esperamos con alto fundamento no hallarnos en la necesidad de entrar en la estacada para combatir violadores de la Constitución, desconocedores del derecho ajeno, holladores de los Códigos que reconoce la Re-

pública. Don Gabriel García Moreno no es modelo de imitarse para quedar bien con Dios y con los hombres.

“...García Moreno ha dejado el mando, es cierto; pero con él no se le acaba su carácter, ni los ímpetus de su genio son menos de temer. Siempre es audaz, siempre arrojado, siempre poderoso de su persona, según es lengua, diestro en el manejo de las armas. ¿Será de cobardes irritarle con la verdad y arrostrar su ira? La cosa es clara: nadie que no esté firmemente resuelto ni se sienta con ánimo para morir de sus manos, o para matarle en propia y natural defensa, habría de ir a echarle el agraz en el ojo.

“...Si en nuestras manos estuviera la suerte de don Gabriel, le pusiéramos cortésmente en la frontera, siguiendo el consejo de Platón, aunque no se trate de un poeta; no montado sobre un asno, no con pozas, ni con grillos, objeto de vilipendio; pero tampoco adornado de coronas y laureles, sino urbana, humana y generosamente, cual a hombre de nota que supo hacerse “nombrar”, si bien por el mal camino, persona de alto lugar y puesto. Y esa honrosa expatriación que impondríamos a don Gabriel no sería pena ni obra de la venganza, sino conveniencia suya y de la nación, atento a que su alma inquieta y rudas afeciones no se acomodarán a dejarlo en paz como conviene, y al fin y al cabo darán al traste con él o con la patria. Si así como se deja llevar a esos malévolos empujes, se dejase alumbrar por un rayo de sabiduría, él mismo, de su bella gracia, tomaría el camino de Europa, y allá se fuera a desplegar sus talentos, que les tiene para sabio y no para magistrado”.

* * *

A veces, sin embargo, no puede el polemista contener su ira, sobre todo cuando le dicen partidario de Urbina o de cualquier otro caudillo:

“Desprecio tanto a los urbinistas como a los morenistas —exclama— si no les gobierna el pundonor; y tanto sería de los unos cuanto de los otros, si la dignidad echase raya entre ellos. Nunca tuve empleo con Urbina, ni lo conocí personalmente sino después de su caída. El no insultar cobarde a un hombre ausente, hombre en desgracia, proscrito, no es escribir como urbinista. El sacar a las barbas del mundo los desafueros del tirano, casi reinante todavía, en su presencia y en su poder, es escribir no como “urbinista” sino como adicto a la verdad y a la filosofía, que en poco tiene la vida y en menos la muerte.

“...Una idea, un principio podrá servir de bandera a un partido; un hombre jamás, sino a los pobres de espíritu. Patria, libertad, honra, he aquí mis caudillos; fuera de ellos no tengo bandera”.

Dirá por fin a sus más procaces enemigos:

“Si éstos caen en mi pluma, quedarán en tiras, en hilachos; y si es preciso que caigan en mis manos, les obligaré a bofetones a ser hombres. ¿No saben que hay mucha diferencia entre las pobres gentes aferradas a la vida y los que la desprecian? El león es generoso; pero si lo hieren alevosamente, ruge, salta, devora, vende cara su vida. Podrá caer, pero será sobre otros”.

Paréntesis sobre Hispanoamericanismo

Cabe aquí recordar que fue también *El Cosmopolita* fragua perennemente encendida de hispanoamericanismo fervoroso. En sus columnas condenó Montalvo el bombardeo de Valparaíso por la flota española. Defendió en forma brillante al México de Juárez, que se había enfrentado valerosamente a la invasión francesa, y que culminó con el fusilamiento de Maximiliano. Estigmatizó, en suma, todo movimiento, militar o diplomático de las grandes potencias, que significara agresión a los pueblos hispano-

americanos, o mengua de su integridad territorial y de su soberanía.

¡Cuánto nos hubiera servido la pluma de don Juan Montalvo en los comienzos de este siglo, allí donde dictaduras y presidencias de nuestros pueblos aherrojados, se asociaban con empréstitos y concesiones, marinos, “constabularios” y tratados humillantes!

¡Cuánto, si hubiera podido asistir a la tragedia de algunas repúblicas hermanas, ocupadas por fuerzas extranjeras!

¡Cuánto, si alentase su espíritu indomable en esta época de congresos mundiales, de congresos de paz de las grandes potencias, en que se ignora al conglomerado lealmente liberal y democrático de nuestra América!

Ya hemos visto de qué modo admiraba el gran ecuatoriano a Hamilton y a Jefferson, aunque poco tuvieran de Lincoln en su lucha victoriosa contra la esclavitud. Mas con la Declaración de Filadelfia estaba Montalvo, como estaría con la política de buena vecindad del Presidente Roosevelt. Esa sería su tesis, y la tesis de los libertadores.

¡Pero cómo fulminaría su pluma contra toda clase de imperialismos, contra cualquier humillación a nuestros países, contra el afán de lucro y la *incapacidad moral* de ciertos estadistas de nuestra raza, a cuyo *debe* cargará la historia el hambre, la miseria, la ignorancia, la desesperación de más de ciento cincuenta millones de hispanoamericanos!

Algo más sobre García Moreno y su adversario

No era *incapaz moral* García Moreno. No era varón cotizable, a quien pudiera sobornar ningún banquero, ni atraer con sus ofertas ningún concesionario. Fue tirano,

clerical, dogmático, hombre del Santo Oficio, pero no tiranuelo; dictador —según escribía el propio Montalvo—, pero de estatura aventajada, hasta donde no pueden llegar ni comparársele los déspotas entreguistas que hoy sufre el Continente, ni el actual torturador del alma hispánica, general de la caverna don Francisco Franco, por mucho que se les busque parecido.

“Como Sarmiento para Rosas —ha opinado José Enrique Rodó—, Montalvo para García Moreno”. Y estudiando el caso concreto que nos ocupa, dice a continuación el insospechable autor del *Mirador de Próspero*:

“De cuantos despotismos han pesado sobre la América española, éste del gobernante ecuatoriano es de los que ofrecen más originalidad y carácter. Tuvo por fundamento la intolerancia religiosa, y el hombre que concibió e impuso a su pueblo esa monstruosidad reaccionaria, distaba mucho de ser un hombre vulgar, ni por la calidad de la energía ni por las prendas del entendimiento. Hijo de noble cuna, realizado por su esfuerzo propio, en prestigios cívicos y sociales; dueño de una cultura superior, largamente acendrada en viajes por Europa, don Gabriel García Moreno pasó a ser triunviro y Presidente desde una cátedra de la Universidad. No era malvado por instinto, ni por ambición groseramente egoística. Era fanático religioso, y ésta es la raíz de su maldad, porque es la clave entera de su personalidad de obsesionado”.

Bajo el dominio de un Jefe de Estado con semejante obsesión, que no se detuvo en privar de la ciudadanía a los que se negaran a practicar los dogmas y sacramentos de la Iglesia, tenía que ser el Ecuador feudo del alto clero romano, refugio de instituciones monacales, paraíso de arzobispos y obispos como los que han firmado, en nuestros días, increíbles cartas pastorales contra el pueblo católico español, apoyando en esa forma al ya desaparecido régimen totalitario de Hitler y de Mussolini.

Para García Moreno, en todo y sobre todo, censura

eclesiástica, inquisición oficial. Pareciera que se hubiesen puesto de acuerdo la cruz y el cadalso. Tal el hombre cuyo despotismo combatió Montalvo heroicamente, en su patria primero, en el exilio después; y tal el medio —obscuridad y regresión— que con los destellos de su pluma trataba de iluminar el gran ecuatoriano.

La hipocresía, la intolerancia religiosa, el fanatismo convertido en azote, el abuso de la fe católica, el materialismo de cierta clase de clérigos: esos fueron los vicios, los grandes males que combatió Montalvo.

Se le repitió el cargo de herejía, no importa que hubiese respetado siempre los principios de la religión; se insistió en difamarlo, se le llenó de improperios, se le excomulgó; y siguiéndole la persecución al ostracismo, el puñal y el veneno estuvieron repetidas veces a punto de acabar con aquella vida sin doblez, íntegramente dedicada a defender altos ideales y principios generosos, por los que continúa luchando el ser humano.

* * *

Sería labor de muchas páginas seguir en todos sus aspectos la vida y la obra de Montalvo. Baste decir que en su destierro de seis años, hasta la muerte de García Moreno en 1875, sufrió indecibles amarguras y no pocas decepciones, ocasionadas a veces por sus propios compañeros de expatriación, entre ellos Ignacio Veintemilla y algunos otros políticos oportunistas, que bien cabrían en lo que ya se dijo antes sobre *previsión* y *provisión*.

Acaudalados como estaban ellos para holgar y divertirse, dieron en criticar las urgencias económicas del escritor, en lo cual han insistido algunos de sus biógrafos.

Cabe declarar sobre este punto que dificultades y penurias como las que tuvo que resolver Montalvo en Europa, con el auxilio de familiares o amigos, no lo fueron para el despilfarro, los placeres del cuerpo, el vicio ni las extravagancias de los rastacueros. Ponía él su trabajo,

su preparación y su talento en batallas incesantes por la libertad del Ecuador.

¿Era mucho que los que estaban lejos de la patria le ayudaran, ayudándose a sí mismos; y que contribuyeran en costear la obra del polemista extraordinario que dedicaba todo su tiempo, no a defenderlos a ellos —es verdad— sino a denunciar y combatir la dictadura?

Desesperado por su situación precaria escribía desde Niza, en septiembre de 1869, a uno de sus mejores amigos:

“...La última peseta me la he comido ya. ¿Qué le diré al dueño de la casa el día de la próxima cuenta? Nunca había yo pensado que el destierro tomase tan horrible forma: los amigos, los partidarios de una misma causa, deben repartirse el hambre y la comodidad como hermanos; para los proscritos de la misma patria, cada uno de ellos debe ser persona sagrada. Pero no lo entiende así el duro corazón de los ecuatorianos: habiéndome dirigido casi con ternura en París, al que yo tenía por el mejor de todos (se refiere al Arzobispo Checa y Barba), sali mal. Si el hijo de Jesucristo obra con esa misericordia, ¿qué serán los impíos?”

Se le ha criticado por tan merecida y por otras quejas o censuras de igual tenor, no obstante su desprendimiento cuando los libros que logró editar le pusieron en situación de socorrer, por su parte, a los que posteriormente se pondrían en contra suya, acaso porque sólo buscaban la facilidad del alto puesto, en donde no era posible que los siguiera y alentara la fuerte reciedumbre de Montalvo.

Su modo de ser reconcentrado, poco sociable, silencioso; su austeridad y su misantropía; su natural inclinación al aislamiento y al amor de sus papeles, no habían menester de pedirle nada a nadie. De sobra hubiera tenido para vivir tranquilo —si el egoísmo y el reposo de la sumisión fueran su norte— con mantener y mejorar la

heredad de sus mayores en Ambato, o los vecinos huertos de Ficoa, o la hermosa hacienda de sus familiares en la cercanía de Baños.

Y aun le hubiera alcanzado, como a cualquier escritor canijo, para dedicarse a producir obras netamente literarias, sin complicaciones ni peligros; es decir, para buscar plácido acomodo en lo que suele denominarse “la cultura por la cultura y el arte por el arte”, vieja *fórmula neutra* de los que no quieren asumir su responsabilidad mental, ni su responsabilidad moral ante la vida.

En estas cosas debieron haber pensado los malquerientes de Montalvo en el siglo diecinueve, y los que todavía le quedan en mitad del siglo veinte, para no caer en juicio temerario.

Contra los sucesores del dictador

El 6 de agosto de 1875, en vísperas de proclamar una vez más su reelección el Presidente García Moreno, cuatro jóvenes estudiantes completaron la obra intelectual de Montalvo, con certeros disparos y afiladas hojas de puñal. La labor del escritor en *El Cosmopolita*, hasta que fue suprimido por la tiranía; sus posteriores prédicas durante varios años de penoso retiro en el pueblo colombiano de Ipiales, así que regresó de Europa; *La Dictadura Perpetua*, su famosa y encendida réplica de 1874 al “Star and Herald” de Panamá, que patrocinaba la reelección del poderoso mandatario ecuatoriano, habían dado su fruto. Y pudo entonces exclamar el fiero combatiente: “Mi pluma lo mató”.

Desaparecido el déspota siguió empero su sombra gobernando al Ecuador, en la administración infortunada de don Antonio Borrero. De nuevo en Quito, puede advertir don Juan que no habrá reformas a la Constitución teocrática de García Moreno, y que no será posible obte-

ner leyes ni procedimientos efectivamente liberales, honradamente humanos, civilizadores, como fruto de tan amargas experiencias y de tantos y tan dolorosos sacrificios.

Establece a continuación *El Regenerador*. Vigoriza con su propaganda y con su prestigio el movimiento contra la ineptitud manifiesta de Borrero. Se vale del sarcasmo y de la ironía para combatir a funcionarios mediocres, con pretensiones nobiliarias. Señala otra vez la complicidad de la mitra y sus acólitos con aquel estado de cosas, hasta que empieza a desmoronarse el régimen ante el empuje de la revolución liberal.

Mas he aquí que de la caída de Borrero se aprovecha el anteriormente citado general Ignacio Veintemilla, militar audaz e ignorante, del brazo del ex Presidente José María Urbina. El golpe se ha dado en Guayaquil a mediados de septiembre de 1876. Urbina trata de atraerse a Montalvo; pero el gran rebelde, tras de reñir a injurias con el viejo político, abandona el aposento en que se reúnen. Veintemilla, temeroso de tan irreductible adversario, lo hace tomar preso y manda que lo embarquen con rumbo al norte.

El barco lo deja en Panamá, sin un centavo, sin amigos, expuesto a sufrir de nuevo privaciones y miserias. Colabora mientras tanto en algunos periódicos, recibe algún auxilio de sus deudos, abogan por su retorno a la patria tres o cuatro liberales influyentes, entre ellos el futuro e inmolado caudillo don Eloy Alfaro, grande de América, quien por esos días se encuentra en Guayaquil.

Regresa entonces Montalvo, pero no se queda en Quito ni espera proposición ninguna del régimen de Veintemilla. No puede aceptar nada del hombre cuyas costumbres disolutas había conocido en Europa, y que al cabo de los años más se tuerce que endereza.

Para darse idea de cómo anda la democracia en el Ecuador a esa fecha, de cómo se tiene respeto por la libertad del prójimo, dirá Montalvo en su clásico estilo

que "a quienes concitan la ojeriza del tiranuelo, éste los manda moler a palos dejándolos por muertos". Y se retira nuevamente a su viejo refugio de Ambato, al silencio imponente y augusto de los Andes.

Mas como en el transcurso de 1877 y en los primeros meses del 78 pareciera haber propósitos de enmienda, con anuncios de asamblea constituyente, elecciones populares y respeto al sufragio público, resuelve Montalvo salir otra vez a la brega con *El Regenerador*. Pide en sus columnas "hombres de luces y de virtudes, de juicio recto, espíritu elevado, ánimo vigoroso, temperamento firme, que sepan a lo menos cuál es su encargo y cuáles sus deberes en la asamblea; hombres de bien, aunque no hábiles en la elocuencia; y aunque no sabios ni filósofos, dueños por lo menos de los conocimientos indispensables para el objeto con que se han reunido".

Aclara, respecto a la elocuencia: "Hemos dado en la flor de atribuir la palma de la elocuencia a cualquier representante o histrión que echa los bofes con los gritos, y se vuelve pedazos por hacerse admirar del auditorio. El que nada sabe acerca de una materia, ¿cómo ha de hablar de ella? Le faltan las ideas, y donde no hay ideas no ocurren las palabras. Palabras sin fundamento, sin razón, sin sentido, son necedades o locuras. Los insensatos no dejan de hablar; los tontos hablan también, mas esto no es hoja de servicios suficiente para que les hagamos senadores o representantes de la nación".

* * *

No obstante que los viejos conservadores de García Moreno, los llamados liberales de Veintemilla y las autoridades eclesiásticas están en contra suya, se sostiene don Juan en la lucha hasta su nueva y definitiva expatriación en 1879. Rechaza el cargo de diputado por la provincia de Esmeraldas, porque está convencido de que la

corrupción y el despotismo dominan en la legislatura y en los demás organismos del Gobierno. Cerrado *El Regenerador* en agosto del 78, publica todavía varios trabajos filosóficos y algunos panfletos, entre ellos el que defiende a don Eloy Alfaro, queriendo contrarrestar en esa forma la ya inevitable perpetuación del nuevo dictador en el poder. Comprende, sin embargo, que todo es inútil, y así lo hará saber en esta frase:

“Despechado no, pero sí me voy desconsolado y triste. De la tiranía hemos caído en la barbarie, de la sangre en las tinieblas: para el hombre de pundonor, no hay patria donde reine la servidumbre con todos sus vicios”.

Ya bullen en su cerebro las *Catilinarias*, que ha empezado a escribir oculto en Baños y en otros lugares de la cordillera, y que seguirá esbozando en la finca de algunos de los familiares que aún la quedan en Guano, la lejana población en que radicó su abuelo y donde nació su padre.

De un lado para otro, vigilado y perseguido por los soldados de Veintemilla, van transcurriendo los meses. Se acercan los últimos días de 1879. “En la casa que perteneció al difunto Marcos Montalvo —escribe Gustavo Vásconez Hurtado, cuya biografía del ilustrado ecuatoriano me ha dado tanta luz como las páginas de Oscar Efrén Reyes, Agustín Yerovi, Gonzalo Zaldumbide y el epistolario que publicó Isaac J. Barrera—, se nota una agitación inesperada. Los sirvientes transportan las maletas y arreglan los correajes de las faltriqueras, mientras las cabalgaduras esperan impacientes en el patio empedrado. Pronto aparece envuelta en la penumbra la silueta de Juan Montalvo, quien se aleja esta vez y para siempre a su destierro. Algunos amigos y los miembros de su familia han venido a despedirle. Tiende el brazo a sus sobrinos y deja las últimas advertencias a los pocos adictos que le quedan:

“Si Pancho llega a ser hostilizado —dice a César Mon-

talvo— dile a tu madre que no haga empeños para solicitar su libertad. Mi padre y mi hermano primogénito fueron leones, y no debe ponerse en contingencia nuestro fundado orgullo”.

“Uno de sus sobrinos —continúa Vásconez Hurtado—, Ricardo Flores Montalvo, se le acerca pesaroso y le entrega un paquete:

“—Mamá se lo manda —le dice—. Montalvo lo abre. Es una bolsa que contiene monedas de oro.

“—No las acepto, hijo mío— exclama—. Dios cuidará de mi viaje. Tu pobre madre necesita más que yo ese dinero.

“Protegido por la obscuridad monta en su cabalgadura. El camino que le espera es largo y pedregoso; pero le acompaña su amigo José Rumazo. Toman el rumbo del norte, pues se encaminan a Ipiales. Atrás van quedando las sombras alargadas de los árboles, las siluetas de las montañas onduladas, la vega calurosa con sus huertos y sus frutas. Atrás quedan también las tierras de Ficoa, en cuyos recónditos parajes alimentó sus amores, ambiciones y recuerdos”.

Las “Catilinarias” y otros escritos

La peor de las revoluciones llamará Montalvo a la de 1876, que sirvió para que Veintemilla se quedara en la presidencia durante siete años. Y no tendrá inconveniente en proclamar:

“Para lo que ha sucedido en el Ecuador después de la muerte de García Moreno, yo de buena gana le hubiera dejado la vida al gran tirano”.

En la segunda de sus *Catilinarias*, que con extraordinario éxito literario y financiero dio a la publicidad en Panamá en 1880, gracias al general Alfaro y a su socio

José Miguel Macay, escribió de nuevo Montalvo a propósito de García Moreno, comparándole con Veintemilla:

“Don Gabriel García Moreno fue tirano: inteligencia, audacia, ímpetu; sus acciones atroces fueron siempre consumadas con admirable franqueza; adoraba al verdugo, pero aborrecía al asesino. Ignacio Veintemilla no ha sido ni será jamás tirano: la mengua de su cerebro es tal, que no va gran trecho de él a un bruto. Su corazón no late; se revuelve en un montón de cieno. Sus pasiones son las bajas, las insanas; sus ímpetus, los de la materia corrompida”.

En subsiguientes entregas de las *Catilinarias* seguirá refiriéndose a su antiguo compañero de destierro, en esta forma:

“Los bajos, los ruines, pero criminales, pero ladrones, pero traidores, pero asesinos, pero infames como Ignacio Veintemilla, no son ni tiranuelos; son malhechores con quienes tiene que hacer el verdugo, y nada más”.

“...El primero soberbia, el segundo avaricia, el tercero lujuria, el cuarto ira, el quinto gula, el sexto envidia, el séptimo pereza: ésta es la caparazón de esa carne que se llama Ignacio Veintemilla”.

“...En casa del fondista Bonnefoi, en París, pedí una vez albaricoques. Ignacio Veintemilla me estaba tratando de bruto con los ojos. “Hombre —dijo al cabo de su admiración—, usted nunca ha de ser nada”; y pidió estofado de liebre por postres. Había comido res, carnero, gallina, pato, pavo, conejo; raya, salmón, corbina; ostiones, ostras, cangrejo, y de postres pide liebre; ¿hay animal estrafalario?”.

Del general Urbina escribe lo siguiente:

“El talento de Urbina ha sido flor venenosa. Ha sido porque ya no existe: libertinaje, embriaguez, prostitución de mil maneras y en mil formas, la marchitaron tiempo ha, la echaron al suelo. Sin Urbina, sin la traición a la patria y al partido liberal, sin su falange de

leprosos antiguos, Ignacio Veintemilla, cargado de una fanega de cebada, estaría yendo al molino cada día.

“...Urbina no robó cuando fue Presidente, y se ha arrepentido de su probidad pasada: hoy roba por hoy, por ayer y por mañana. Roba con descaros, con torpeza, pues su jefe y cómplice, para robar sin miedo él mismo, deja robar a todos”.

Acerca del ex Presidente Borrero:

“Todo en él es ridículo. Hizo acto posesivo de su empleo con más de diez revolcones por el camino, en tanto que llegaba a la capital de la República. Montaba, y eso a yegua; la primera vez que le fue preciso apretar entre las piernas un alazán brioso, se vino al suelo de narices.

“...El decoro nos salva de la ridiculez. Julio César, cosido a puñaladas, no piensa sino en morir decorosamente: estira la esquina de su manto, se cubre como rey, y va a caer en postura decente a los pies de la estatua de Pompeyo.

“¡Así procuraran cubrirse todos los que ruedan por el suelo a los embates de la suerte, y no mostraran, como adrede, las reservas del cuerpo, para que su derrumbamiento cause risa! Un presidente de los nuestros no es un emperador romano; mas no por esto se ha de poner a dar zapatetas en el aire, de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido”.

Cuando alguien se quejaba diciendo: “Ya molestan tantos insultos”, dijo el escritor en su octava *Catilinaria*:

“Tras el que parece insulto, el lector contemplativo no descubre sino el crimen acosado, el vicio escarnecido, la moral triunfante, las leyes divinas y humanas puestas en cobro y adoradas por su belleza y santidad. La ironía delicada es para culpables delicados: Alcides se va tras Caco, y alcanzándole no le da a entender, con finos circunloquios, que es ladrón; levanta su clava y le fracasa el cráneo. Para un malhechor ordinario, más que ordina-

rio, bestial, sería fuera de tiempo y lugar la sal ática con que el dulce Andocides pudiera zaherir al brillante Alcibiades. Yo también, si las hubiera con Napoleón el grande, procurara gastar la pimienta de Horacio: para irme sobre jayanes y ladrones, el lenguaje de Teseo”.

Como hasta su destierro de Ipiates le llegaran amenazas y libelos, hechos publicar en contra suya, comentaba:

“He desollado verdugos, he desollado pícaros, he desollado indignos, he desollado tontos mal intencionados y, gracias a Dios, a justo título *soy un monstruo*. A mí también me han desollado, con mano torpe, inhábil; pero yo no dejo mi piel: me la echo al hombro y, como San Bartolomé, salgo muy fresco, porque un rocío celestial me baña en lo vivo y destruye los ardores de esa inmensa llaga”.

* * *

En contraste con el estilo del fustigador, hay en las obras de Montalvo un alto espíritu de conmiseración hacia los humildes y los explotados, que complementa su crítica justificada a la falsedad religiosa; y tratándose de comidas frailunas, frases rebosante de clásico humorismo. Sirvan de modelo las siguientes selecciones:

“Entrando a donde molían la caña quedé aterrado: los negros, medio desnudos, estaban todos con mordaza. Debí de haberme puesto pálido: pregunté allí qué significaba eso, y vine a oír que era para que no chupasen una caña; una caña de los mares de esa planta que ellos regaban con el sudor de su frente. El estómago vacío y sediento, el pecho encendido con el fuego del clima, la naturaleza estaba exigiendo vivamente un bocado de aquel zumo bienhechor; y refrigerio tan abundante, tan fácil, imposible para esos desdichados. ¡Gran Dios! ¿son hombres, son fieras los ricos?”

Más adelante: “La desigualdad de las clases sociales, a despecho de la Revolución Francesa, es todavía clamorosa en todo el mundo. El hambre del espíritu, la desnudez de la inteligencia son desdichas tan grandes, por lo menos, como el hambre y desnudez del cuerpo. Que todos sepan leer y escribir es tan necesario, como el que todos tengan un plato de comida y un trapo con qué cubrirse. Esta, esta igualdad es la que deseamos, y la que hará la felicidad de los hombres algún día”.

Sobre los falsos religiosos del gran mundo, “gentes bien” que se santiguan, pecan y vuelven a santiguarse:

“Guardan abstinencia de viandas en témporas y vigilias, pero no de mujeres ajenas; pagan diezmos y primicias a la Iglesia de Dios, y despluman al prójimo a la vuelta de una esquina, o dejan en la calle a la viuda sin amparo; oyen misa cabizbajos, ojicerrados, y están pensando en el enredo con que se proponen desnudar al huérfano; confiesan y comulgan jueves y domingo, y se hartan lunes y martes de difamación y calumnia; acompañan al Santísimo, con un farol en la mano, y acaban de matar al moribundo con una mirada llena de mala intención a la alcoba de su esposa”.

Refiriéndose al yantar de un tonsurado: “¿Es mala, por ventura, la vida que se da el hijo de la catedral? Su primera refacción es un buen porqué de caldo de gallina, en cuya superficie están yendo y viniendo esos ojos dorados que acreditan la pingüedad del ave doméstica. Tal cual desportillón de pechuga nada de una parte a otra, a manera de restos de un naufragio, y choca por ahí con la molleja que le sale al paso como torpedo alevoso. Esto no le aterra a su señoría; antes con buen talante y ánimo varonil alza el recipiente de su café de gallina, y con soberbio desdén por la cuchara, da buena cuenta de su contenido. La circunferencia de la taza no es la del cráter del Vesubio; mas sí será como el disco de la luna llena; y no tan profunda que no

puedan bucear en ella dos o tres dedos del santo hombre, si a dicha sucede que se va a pique la pata del pollo, que le gusta más que la capucha del pescuezo”.

Los grandes libros y el prestigio de Montalvo

Por tercera vez en Europa, a principios de 1881, inicia los arreglos para publicar sus *Siete Tratados*, que aparecen a la postre en 1883, cuidadosamente impresos por el editor M. Jacquin, de Besanzón. En esta obra había trabajado Montalvo en su retiro del campo y en Ipiales, con empeño y dedicación de verdadero artífice, sin textos, sin diccionarios, sin libros de consulta. Habría de ser su obra maestra, en la que puso tan amoroso cuidado como en los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*.

He querido hacer estas referencias para que se comprenda hasta qué punto sentía don Juan —siendo un consumado literato— la necesidad de darse por entero al movimiento revolucionario de su patria. En ese mismo año de 1883, cuando ya los originales estaban en la imprenta, recibe informes de que Veintemilla se desmorona al empuje de una gran rebelión contra la dictadura, movimiento revolucionario en el que tomaba parte el caudillo del liberalismo don Eloy Alfaro. Pienasa entonces Montalvo en su regreso inmediato al Ecuador, y escribe sin demora a su amigo Rafael Portilla:

“Felizmente he podido hacer un arreglo con el impresor, quien conviene en esperar; pero quedan inconclusos los *Siete Tratados*. Queden, pues, como quiera; nada es antes que la suerte de la República. Ojalá llegara yo a tiempo para coger allí al malhechor; la horca quedaría de ejemplo para los malvados de su linaje”.

Pero no recibe el dinero que esperaba de su finan-

ciador don Miguel Macay, y sus amigos no hacen esfuerzo alguno para facilitar su viaje, preocupados como están con una revolución que a la postre no les daría el triunfo a los liberales, sino a los aristócratas, a las derechas, a la “argolla” de don José María Plácido Camaño.

Esta falta de interés por su regreso, esta indiferencia o este olvido —ajeno don Juan a lo que estaba sucediendo en su patria—, producirán una nueva decepción en el espíritu sensible del luchador sin fatiga, que ha dedicado lo mejor de varios lustros a la libertad ecuatoriana.

Meses antes varios admiradores suyos habían puesto en manos de don Eloy Alfaro —por quien guardó siempre Montalvo excepcional estimación—, los fondos necesarios para que el ya célebre escritor pudiera editar en Francia sus obras literarias. El señor Alfaro —según afirma Vásquez Hurtado—, por la urgencia de recursos para emprender sin demora la campaña contra Veintemilla, no tuvo más remedio que disponer provisionalmente de aquel dinero. Cuando Montalvo se informó de lo acaecido, no tuvo gesto ninguno de desaprobación ni de inquietud por la suerte de sus obras. Contestó, sencillamente: “Yo aplaudí ese noble gesto. La libertad primero que la literatura”.

Si en periódicos de Chile, Colombia, Venezuela y el Perú encomiábase la labor del estilista y del patriota; si Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, Jorge Isaacs, Adriano Páez y otros varones esclarecidos de diversas repúblicas americanas, lo enaltecían fervorosamente en este lado del Atlántico; si ya en años anteriores Lamartine y Víctor Hugo no le habían escatimado elogios, en cartas personales o en públicos escritos, tan pronto los *Siete Tratados* se comenzaron, por fin, a distribuir y saborear, Campoamor, Núñez de Arce, don Juan Valera, doña Emilia Pardo Bazán, Emilio Castelar, Leopoldo Alas, rindieron a Montalvo los homenajes que me-

recía por esa magna obra, mientras desde Italia Edmundo d'Amicis lo saludaba con emoción, y el historiador César Cantú le escribía para decirle "honra de su patria y del género humano".

Se resintió nuestro estilista, sin embargo, durante su viaje a Madrid con buen acopio de los *Siete Tratados* en el equipaje (mayo-junio de 1883), de que no precisamente la Real Academia de la Lengua, sino algunos académicos fanáticamente ortodoxos, dieran opinión muy personal contraria al ingreso de "ese americano" en la docta asamblea, no entonces por falta de méritos literarios, sino porque dudaban de su fe católica. Llegó Montalvo a sospechar de Menéndez y Pelayo, quien en realidad le tuvo sincera admiración y aun lo visitó en su hospedaje madrileño, según se ha hecho constar posteriormente en la correspondencia que ambos sostuvieron. La verdad es que las malquerencias en perjuicio de Montalvo no le venían de los grandes de las letras españolas o hispanoamericanas, sino de sectores cavernarios, entre los que habría que incluir a los que figuraban en la propia Academia del Ecuador. Pero sigamos con sus obras y comprobemos cómo es cierto que las voces hostiles salían de la reacción ecuatoriana, empeñada en subestimar al estilista.

* * *

Sobre los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, publicados después de la muerte del genial autor, Rodó asegura que ese libro extraordinario "es la más durable estatua de Cervantes, labrada con la unción que un artífice devoto pondría en cincelar una imagen sagrada".

Allí la lengua de Castilla en todo su esplendor arcaico; y como en los *Siete Tratados*, sobria elegancia, impecable dominio de frases y vocablos, clasicismo el más puro y sabroso en cada página. Mas dejando su obra póstuma, no obstante ser los *Siete Tratados* alta y gene-

rosa obra, ética y estéticamente hablando, que no se hubieran negado a firmar los más preclaros ingenios católicos de cualquier país de nuestro idioma, el Arzobispo de Quito, Monseñor Ignacio Ordóñez, lanzó contra el libro y contra Montalvo rencorosa pastoral, que debería leerse desde el púlpito en todas las iglesias, porque ese volumen no era otra cosa que "nidada de víboras en cesto de flores"; y porque Montalvo, según Ordóñez, "dobla la rodilla ante nuestro adorable Redentor, pero es para darle sacrílegas bofetadas en su rostro divino".

Fuera de sí por la tremenda injusticia de aquella execración, escribió don Juan desde París su fulminante *Mercurial Eclesiástica*, en la que el intransigente mitrado se vino a ver —como diría el propio Montalvo— "de medio abajo desnudo, dando zapatetas en el aire".

No había razón, en realidad, para que el Arzobispo de Quito pretendiera inferirle agravio a uno de los más ilustres y celebrados pensadores de su patria, menos aún señalándolo como enemigo de la ideología cristiana. En los *Siete Tratados* se habla de diversos tipos de mujer, con especial delicadeza y devoción hacia las de diversas capitales de nuestra América; hace Montalvo un encendido elogio de la nobleza, en su sentido intrínseco; se refiere a las características del genio; exalta la memoria de los héroes, dedicándole a Bolívar frases inmortales; ofrece interesantes comentarios acerca de reuniones y convites, en lo que él titula *Los banquetes de los filósofos*; escribe, por fin, aparte de muchos otros temas, sobre la belleza en el género humano; y aun cuando es verdad que aparece en esas páginas la *Réplica a un sofista pseudo-católico*, en cuyo final da su merecido a un impío siervo de Dios, que negó cristiana sepultura a su hermano Carlos Montalvo, también es cierto que hay otros episodios bellísimos del escritor, como *El Cura de Santa Engracia*, en donde podrá verse cómo la misma pluma "hereje" que pintó con merecidos colores al

clero anticristiano, supo enaltecer al sacerdote bueno, evangélico, limpio de cuerpo y alma, pobre y humilde como el santo de Asís:

“¡Señor cura, señor cura!” —dice al de Santa Engracia una mujer atribulada: “anoche han botado este niño en mi casa: yo no puedo criarle: voy a echarle en la calle”.

“¡Bárbara!, en la calle... ¿Sabes lo que dices? Yo tengo madre: ella le tomará a su cargo: déjamelos”. Y apoderándose de la inerme criatura corrió para adentro gritando: “Señora, señora madre, Dios nos envía un huésped. Los niños son bendición del cielo: críemele vuestra merced como me crió a mí mismo”.

Un día se entró por las puertas del cura una pobre mujer bañada en lágrimas: “Señor cura, mi marido se muere; ni sé qué hacerle, ni tengo para un medicamento; favorézcame”. El cura tomó su capa, su bastón nudoso, y salió con la mujer. “Don Pedro, dijo, inclinándose sobre el moribundo, ¿qué tiene?”

“Me muero, señor cura, me muero; confesión, misericordia”. Confesóle el párroco, y una vez absuelto el agonizante, dijo: “El alma está segura: ahora tratemos de salvar el cuerpo”. Salió volando, tomó de su botiquín las drogas que le parecieron venir al caso, propinólas en persona, y se estuvo a esperar el efecto de ellas. Como no hubiese mejoría, pasó la noche a la cabecera del paciente, el cual expiró por la madrugada.

“Señora Rosa, dijo a la mujer, yo sé que ustedes no tienen nada: el Señor es misericordioso; ocúpese usted en llorar a su marido; lo demás corre de mi cuenta”. Y fue así: mortaja, ataúd, entierro, todo lo dio y lo hizo. Al otro día, misa fúnebre, con cuanta solemnidad pudieran ofrecer los paramentos y arbitrios de la aldea.

“Mientras dura lo intenso del dolor, señora, no tendrá usted ánimo para buscar el pan de sus hijos; gaste estos reales; si le faltan, venga al convento”. Iba a salir, y volviéndose de la puerta, preguntó: “¿Los niños siguen frecuentando la escuela?” —“Dos meses antes de la enfermedad de su padre, respondió la viuda, ya no iban: nos llegó a faltar la mesada”. —“Que vuelvan, señora Rosa; yo la pagaré”. Y salió y se fue, llevando un santo dolor en el corazón.

“Señor cura, vengo a concertar los derechos: mi suegra murió esta mañana”. —“Ustedes no son pobres, respondió el cura: ¿puedes ceñirte al arancel?” —“Una rebajita, señor cura”. —“Da lo que quieras, hijo; yo no busco sino el pan de cada día”.

Muerte desolada de este extraordinario mentor de nuestra América

Después de su réplica al Arzobispo Ordóñez, y de algunos nuevos ensayos que le solicitaban periódicos de América y Europa, dio todavía a la estampa *Geometría Moral* y varias entregas de *El Espectador*, revista personal suya que redactaba en París, recordando las que tuvo en Quito.

Estas fueron las últimas producciones de don Juan Montalvo, cuya vida se extinguió el 27 de enero de 1889, vestido de frac, en un pequeño cuarto piso de la capital francesa. Las derechas, entretanto, seguían dominando en su país, pues no fue sino en 1896 que don Eloy Alfaro —“¡del indio Alfaro libranos, Señor!”— se hizo fuerte en Guayaquil y dominó la situación en Quito.

Pero volvamos a Montalvo en el día de su muerte. Quería flores, quería sol en París, y la nieve azotaba las

ventanas. Un pobre ramillete le llevaron: claveles y rosas de invernadero. ¡Cómo pensaría entonces en sus jardines de Ambato! ¡Y cómo, aún despierto, antes de cerrar los ojos para siempre, soñaría en aquel triste aposento con la luz ardorosa de los trópicos y con las montañas gigantescas de su lejana patria!

En *Los Proscritos* había trazado estas dolientes líneas: “¿Cuándo volveré? ¿he de morir en el destierro? ¿una sepultura prestada ha de recibir mis huesos?” ¡Sepultura prestada recibió sus huesos, que durante varios años reposaron en suelo francés, hasta que fueron llevados a la heroica ciudad liberal de Guayaquil!

Posteriormente, en el primer centenario de su natalicio, el pueblo y el gobierno ecuatorianos rindieron tributo emocionante a los despojos de Montalvo, reverenciados en las más importantes ciudades del país. Podría afirmarse que se pagó una deuda, que se hizo un homenaje-desagravio al Montalvo que escribió como Cervantes; pero también, y sobre todo, al hombre que supo vivir y bregar, en su tierra y fuera de ella, como todo un señor don Quijote de carne y hueso. Desde esa fecha histórica, desde el 13 de abril de 1932, descansan sus cenizas en Ambato, que recibió y guarda en su fecunda entraña al hijo crecido y forjado al pie del Tunguragua.

Pero ya no es cuestión de que les hagamos guardia y nos inclinemos en América ante los restos mortales de nuestros grandes hombres. Lo importante, lo trascendental, lo imprescindible es que su obra se difunda, que sus ideales se mantengan, que su espíritu siga iluminando a nuestros pueblos.

Pocos símbolos tan apropiados como la figura de este prócer insigne de las letras, de este gran carácter, a más de un siglo de su cuna, para que en la magna confusión que sufre el mundo, en estos años trágicos de la postguerra, tenga buen modelo a seguir la juventud del Continente.

Pocos ejemplos como el suyo en esta hora difícil, por lo que Montalvo significa, por lo que fue y sigue siendo en la historia luminosa del pensamiento americano, siempre al servicio de lo que hoy suele llamarse democracia, cuatro libertades, dignidad de la persona humana.

* * *

¡Dignidad del hombre! He aquí la idea central del irreductible escritor ecuatoriano. Por esa dignidad luchó en su vida. Y por esa dignidad esperó a la muerte en traje de etiqueta, con un ramo de flores en las que invirtió, tal vez, sus últimos centavos de patriota en el exilio.

No concebía Montalvo que el hombre culto fuese indigno. Menos aún el de letras. Pudo así contestar: “Mi pluma no es cuchara”, a quien pasándole la mano por la espalda, con ánimo de llevarlo por donde él no estaba dispuesto a transitar, en cierta ocasión le susurró al oído que su talento de escritor era un tesoro.

Todo un carácter pintado en cinco vocablos, que ojalá hubiesen sido escudo y bandera de nuestra clase intelectual: “Mi pluma no es cuchara”.

¡Ni cuchara para beneficio de los poderosos! ¡Ni cuchara para provecho de menguados intereses! ¡Ni cuchara para el propio medro! ¡Ni cuchara, en suma, para los amos y los cómplices criollos del capital monopolista extranjero, que inmisericordemente han hecho tabla rasa en las repúblicas hispanoamericanas!

Sea esa, por lo menos, la lección de Montalvo. Y por seguirlo, volvamos a hombres de su talla; al *pensamiento intelectual* —si cabe la expresión— y al *pensamiento moral* de nuestros próceres; a su conciencia insobornable; a su profundo sentido de la dignidad humana.

Volver a ellos como modelo y como guía, es armarlos y fortalecerlos para no sucumbir en el caos que re-

mueve otra vez los viejos odios, las ambiciones, el afán de conquista de los poderosos, después de una hecatombe indescriptible de horror y de barbarie.

Comprenderlos e imitarlos será lo único que nos eleve, hoy y mañana, a un sitio de excepción en la monstruosa historia de la humanidad del siglo veinte. ¡Trágica historia, degradante, dolorosa, escrita con la sangre de millones de cuerpos aplastados y de vísceras deshechas!

¡¡Que en la tortura contemporánea de la raza humana; en la violación de los tratados; en el desconocimiento de lo que hace poco se ofrecía y se predicaba, como señuelo de libertad y de justicia; en lo que estamos viendo y en lo que más adelante pueda suceder; en el crimen, el atropello y la matanza de una nueva guerra —con la inspiración de nuestros altos valores ejemplares—, no acepte ni ocupe lugar la América Española!!

RAIZ Y ALA DE JOSE MARTI *

* Primera edición: Sobretiro de "Cuadernos Americanos", Año XII N° 2, México, D. F., marzo-abril de 1953.—Segunda edición: Editorial América Nueva, México, D. F., septiembre de 1955.



José Martí, escritor, poeta, tribuno, apóstol de la independencia de Cuba, hombre-guía por excelencia de los pueblos hispanoamericanos. Nació en la Habana el 28 de enero de 1853. Murió, bañado en su propia sangre, el 19 de mayo de 1895.

P R E A M B U L O

ESCRIBIO Carlyle que los ingleses, entre sus ricas colonias y Shakespeare, se quedarían con Shakespeare. No sé lo que opinen al respecto los magnates de la City de Londres. Y aun me atrevo a poner en duda que se inclinen más al dramaturgo, que al petróleo, los accionistas de la Royal Dutch.

Podría en cambio afirmarse que el pueblo cubano—como pueblo: con su memoria ancestral, consciente o subconsciente; con su tradición y su cultura intrínseca—, ante el dilema de escoger entre su genio tutelar y sus reliquias coloniales, sus zafras o su Capitolio, se iría como un solo hombre tras la figura luminosa de José Martí.

“El es nuestra mayor riqueza”, dirían del maestro y del apóstol los cubanos de alcurnia espiritual; y los *mambises* de heroico temple; y los *negros con el alma blanca*, que ya no son ni nunca más serán esclavos en el territorio de la gran Antilla.

Y de uno al otro confín del Continente escucharíamos millares y millares de voces antillanas, de hombres y de mujeres, de niños y de ancianos, con este único pensamiento y con este clamor de un pueblo entero, indestructiblemente cohesionado por la magia, la mística y la sangre de un varón excepcional:

—¡Que nadie intente despojarnos de José Martí!

—Todo lo damos por él, porque Martí somos nosotros mismos.

—Martí es nuestra propia conciencia.

—Martí es el corazón de nuestra patria.

—Quitarnos a Martí sería como dejarnos sin Cuba; sin bandera; sin lo mejor y más limpio que tenemos; sin nuestro más alto símbolo de libertad, de civilización, de justicia y de protesta contra el entreguismo, el desenfreno, la dictadura y la barbarie.

* * *

Mas ¿quién es este hombre tan extraordinario, que así unifica las ideas y los anhelos, el pasado y el presente de toda una nación?

¿Quién es esa figura inmensa, multiforme, polifacética, rectilínea, llama pura y purificadora, más espíritu que cuerpo?

¿Quién es este iluminado de matices tan brillantes: poeta, escritor, pensador, estadista, tribuno, maestro, político de visión profética, cuya presencia en nuestra Historia es para que nos sintamos consolados y optimistas los que tenemos por hogar común a la América Española?

¿Fue, acaso, un general victorioso, que con el filo y la punta de su espada, con bombarderos, acorazados, tanques y cañones, logró marcarle más amplias fronteras a su patria?

¿O, tal vez, un viejo príncipe en su trono, con mucho poder y fuerza, bien dotado de armas y de obedientes súbditos guerreros, para enfrentarse a los enemigos de su reino y dominarlos?

¿O hijo venturoso de gentes ricas de abolengo, que pudieron instruirlo y educarlo para que se elevara, con su preparación y su talento, a la máxima altura de los grandes guías americanos?

No. Martí fue más que todo eso. Más que un general afortunado, y que un viejo príncipe en su trono, y que el hijo venturoso de gentes ricas de abolengo, según se verá en las páginas que siguen.

PRIMEROS AÑOS

EN humilde cuna mecieron sus padres, hizo ya cien años, al niño José Julián. Nació en La Habana el 28 de enero de 1853, en una pobre pero limpia vivienda de la antes Calle de Paula Núm. 102, barriada de San Isidro.

Don Mariano Martí Navarro, su progenitor, natural de Valencia, no pudo escaparse de las quintas. Y en quintas fue traído a la colonia de Cuba, para que cumpliera su servicio militar.

Recio, flaco, de larga perilla y bigote tan oscuro y tan tupido que solían decirle sus compañeros de armas "Bocanegra"; testarudo, hasta en su honradez que era cabal; reñido con las ciencias, las artes y la filosofía; de pocas letras, en resumen, he aquí el retrato de don Mariano.

Dulce y comprensiva su mujer, doña Leonor Pérez Cabrera, laboriosa y abnegada, deshacía por darle ánimo al marido con su bondad y su ternura. De Santa Cruz de Tenerife, corazón de las Islas Canarias, fue llevada, la que sería madre del prócer, al corazón de Cuba.

Ya es sargento de artilleros don Mariano, cuando le nace el hijo. Y en 1855 se le asciende a subteniente de infantería. Pero es hombre de trabajo, y de trabajo fuerte, como lo fueron sus padres y sus abuelos en Valencia. La holganza del cuartel; los arreos y los saludos y las maniobras militares; el cuadrarse frente a cada uni-

forme con mayor número de rayas y un individuo adentro; y la soldada escasa, sobre todo, sin perspectivas de mejorarla para criar debidamente a la familia que ha empezado a crecer, le van agriando el carácter de mal en peor.

Necesita trabajar, producir, dejarse de taconeos y cornetazos. Resuelve entonces, heroicamente, licenciarse del ejército. Recordará sin duda sus años mozos, pensando que no es cosa del otro mundo establecer una cordelería, para seguir en esa forma el oficio de sus antepasados.

¿Comerciante varón como él, de malas pulgas con el posible cliente, que ve, pesa, mide, vuelve a mirar y regatea? ¿Comerciante don Mariano, cuando incluso será terco en no cobrarle al prójimo sino lo que Dios manda y permite, echándose así la enemiga de sus cofrades peninsulares, tan caritativos siempre y tan devotos, que hoy como ayer le suben el precio a la mercancía o le cargan la balanza, conforme aumenta la penuria de los de abajo?

* * *

De lo que hiciera detrás de un largo mostrador el buen sargento, el inconforme subteniente de infantería, no se tiene en realidad noticia cierta. Sabemos todos en cambio que en 1856, por urgencias económicas, no tuvo más remedio que aceptar una plaza de celador de policía en el barrio del Templete. Y que a los pocos meses, puesta su ilusión en el retorno al solar nativo, se quitó de nuevo el uniforme y se embarcó con los suyos a Valencia.

Tenemos así que el pequeño José Julián, apenas cumplidos los cuatro años de edad, hizo su primer viaje a la metrópoli.

Mas como suele ocurrir a los españoles absorbidos

por América, por ambiente tan distinto del europeo, por el embrujo de las selvas, de los montes, de la plácida villa, de la ciudad alegre o del cañaveral, sintieron los Martí nostalgia de Cuba y del Caribe. Ni las costas, ni las aguas, ni los aires del Mediterráneo eran su medio.

Y sea por esa nostalgia del clima americano, o porque no encontrase el jefe de la familia medios suficientes para trabajar en Valencia, al cabo de dos años atravesaban de nuevo el Atlántico el padre, la madre y el hijo —quien iba ya por el sexenio—, radicándose otra vez en la bella y acogedora capital de la mayor Antilla.

Pero no le sonríe tampoco la fortuna a don Mariano. Preocupado anda y con el ceño hecho una arruga, hasta caer inevitablemente, porque no hay más horizonte, en sus viejas funciones de celador de policía. Ahora lo han nombrado en el barrio de Santa Clara. Y en la Escuela Municipal de ese sector habanero cursará sus primeros estudios, con precoz inteligencia, el pálido niño de ojos brillantes, cabello negro alborotado, frente amplia y maneras suaves, José Martí.

* * *

Ya vimos que era varón rudo don Mariano. Rudo, y terco, y honrado. Y un hombre terco en el cumplimiento de la ley, de mal carácter por añadidura y sólo con bastón de mando, pero sin mando, mantendrá a salvo su honradez, pero lo sacarán del puesto. Y del puesto sacaron al valenciano intransigente, cuando quiso imponer su precaria autoridad sobre personas e intereses que por su alcurnia, o sus influencias, pretendían violar los reglamentos.

Cesado y amargado, más fruncido el ceño, tiene que enfrentarse nuevamente el padre de Martí con la injusta escasez de la pobreza. Semanas y meses de vocablos agresivos y de mal talanté, hasta que al fin lo nom-

bran capitán de partido en el Hanábana. Y como ya su hijo Pepe sabe escribir con buena letra y sin faltas de ortografía, consigo lo lleva el padre para que redacte oficios y le vaya sirviendo de amanuense.

Allí está el niño, feliz cuando monta todas las tardes su alegre potro, al que cuida mucho; y cuando ve cómo crece, y cómo canta al amanecer un gallo fino, al que cría don Mariano y le aceita las espuelas para pelearlo.

Va por los nueve años José Julián. Y es tan viva la descripción que le hace a doña Leonor del gallo y de la cabalgadura, su prosa tan correcta, que ya la quisieran para sí no pocos bachilleres con diploma en marco, y aun ciertas gentes muy sabidas de mayor edad.

Sin embargo, no se muestra satisfecha, no parece tranquila doña Leonor. Su tierno hijo también le habrá contado, con lágrimas en sus grandes ojos melancólicos, con indignación y con espanto, las atrocidades que ha podido presenciar.

Le hablará de los azotes a los esclavos; de sus gritos de dolor; de salpicaduras de sangre y de pedazos de carne, adheridos al látigo del infame capataz. ¡Y del pobre negro al que vio “colgado en una ceiba”!

* * *

Sufre y se queja la madre. Le hace ver a don Mariano cómo es sensible el muchacho, y cómo tiene despierta la imaginación. Luchará para que comprenda, además, mientras mueve el valenciano su tupido bigote, hasta qué punto pierde el tiempo y se le achata el horizonte a Pepe en la Capitania. Explica, ruega, implora. Y convence a la postre a su marido de que es mejor para el pequeño continuar sus estudios que seguir en el Hanábana.

Ingresa entonces Martí en el Colegio de San Analecto, dirigido por el maestro de grata memoria don Six-

to Casado. Como premio de su aplicación y regalo del décimo cumpleaños —estamos en 1863—, compra los textos y paga la matrícula su padrino Arazoza. ¡Nunca se empleó con más alto provecho tan modesta suma de dinero!

Pronto será Martí el primero de la clase, y el primero en compostura, y el primero en ayudar y prestar sus apuntes a los compañeros que se van quedando a la zaga. De esas aulas nace su amistad de toda la vida con Fermín Valdés Domínguez, cuyo padre guatemalteco y su señorial y opulenta familia darán siempre la mano, primero al niño pobre, después al patriota y al revolucionario.

Mas he aquí que otra vez interviene don Mariano en contra de las aspiraciones del hijo, de la madre y del padrino. Al viejo celador no le parecía cuerdo soñar con bachilleratos, doctorados ni licenciaturas, cuando en el hogar faltaba tanto para las hermanitas menores y para lo más indispensable. ¡Faltaba, pues, lo indispensable, por mucho que él se matara trabajando, y por mucho que se matara también doña Leonor, desde la mañana hasta la noche, con sus costuras mal pagadas, siempre de urgencia, para damas de sociedad!

“Ya es tiempo de que seamos prácticos”, le dice el valenciano a su mujer. “¿Acaso los ricos del barrio saben algo de letras o de caligrafía?” Y sin dar tiempo a discusiones instala de nuevo al niño en el Hanábana, frente a la gran mesa, y los papeles, y los oficios de la Capitania, mientras afuera canta el gallo fino, veterano ya de varias lidias, y en su cuadra relincha y suda de calor el potro.

* * *

Hemos llegado a 1865. Cumplidos tiene doce años José Martí. Y por fortuna para él, aunque infortunadamente para don Mariano, le aplican al padre un nuevo

cese. Cejijunto el grande, sorprendido el chico, ambos regresan a la capital.

Aprovecha entonces la oportunidad doña Leonor, a quien la inteligencia del hijo y su intuición de madre, la hacen concebir fundadas ilusiones. Que siga estudiando el muchacho es lo indicado, en tanto no requiera su ayuda don Mariano en otro puesto.

Grande es la buena fama de que goza, merecidamente, don Rafael María de Mendive. Mucho se habla de él como hombre íntegro, como educador y literato. Esperanzada está doña Leonor. ¿Sueña, tal vez, con lo imposible? Va, viene, pide consejo a su compadre Arazoza. Entrevistan los dos al ilustre y prestigiado maestro, Director del Colegio de San Pablo. El señor Mendive desea conocer a su probable alumno.

Emocionada la señora, animoso y con traje de domingo el jovencito, se encaminan una tarde al afamado colegio, conocido también por Escuela Municipal de Varones. Es una hermosa casona en el Paseo del Prado, con sus amplios corredores, verdes enredaderas, su refrescante jardín, sus mangos, sus nísperos y la sombra bienhechora de un higuero al centro.

Afable y bondadoso los recibe don Rafael María. Entra en diálogo con José Julián. Le dicta algunos versos. Lo interroga sobre diversas materias. Lo escucha. Torna a preguntarle. ¡Ya es alumno del colegio! Y de allí en adelante, conforme el maestro va conociendo a su discípulo, ya tiene defensor y abogado el futuro apóstol de la libertad de Cuba.

* * *

Encontrará el señor Mendive forma adecuada de hacer que entienda don Mariano cuánto vale su hijo. Le costeará los gastos de su segunda enseñanza. Y al amparo suyo, de sus orientaciones y de su limpio ejemplo,

se irá forjando el gran Martí, el patriota por antonomasia, el continuador más fervoroso de la obra de Bolívar en América. En realidad, lo que fue Simón Rodríguez para el prócer venezolano, eso fue el señor Mendive para José Martí.

“No he podido borrar jamás, ni una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles”. Estas son palabras de Bolívar a su preceptor, radicado en el viejo continente, cuando se encontraba el inmortal caraqueño en el apogeo de su carrera y de su gloria.

Martí a su vez, adolescente todavía, le escribirá a Mendive: “Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir. Y si he tenido fuerzas para tanto, y si me siento con fuerzas para ser verdaderamente hombre, sólo a usted se lo debo”.

¿Y don Mariano? El noble y generoso espíritu de Martí lo recordará igualmente, con devoción y con filial ternura: “Papá —les escribe a sus hermanas— es un hombre admirable. Fue honrado, cuando ya nadie quiere serlo. Y ha llevado la honradez en la médula como lleva el perfume una flor y la rudeza una roca”.

Y en carta para doña Leonor, fechada el 15 de mayo de 1894, un año antes de su inmolación: “Pero mientras haya obra que hacer, un hombre entero no tiene derecho a reposar. Preste cada hombre, sin que nadie lo regañe, el servicio que lleve en sí. ¿Y de quién aprendí yo mi entereza y mi rebeldía, o de quién pude heredarlas, sino de mi padre y de mi madre?”

EN LA PRISION

DEL colegio pasará nuestro joven a la cárcel. El 10 de octubre de 1868 estalló la *guerra grande*, acaudillada por el patriota sin mácula Carlos Manuel de Céspedes.

El Grito de Yara estremeció a la Isla. Y el estudiante Martí ocupó su puesto, con las únicas armas que tenía a la mano: un pequeño periódico, "El Diablo Cojuelo", aparecido en los primeros días de 1869, y un solo número de "La Patria Libre", con su intencionado poema *Abdalá*, que se publica el 23 de enero.

Son horas heroicas y amargas, de tumultos, desórdenes y sangre. "La madre ruega y el padre ordena y prohíbe —escribe Andrés Iduarte—, en un humano y natural deseo de apartar al hijo de caminos peligrosos. Español y celador de policía, don Mariano sabía qué medidas se tomaban, y podía medir qué medidas iban a tomarse en contra de los rebeldes. Todo el absurdo de la política española respecto a las colonias, parece amontonarse contra la Isla desde 1810. Siendo la soberbia igual que siempre, y Cuba cien veces más pequeña que el Continente, vemos caer aquí los errores de la Monarquía española de una manera más brutal, ciega y numerosa. Martí será una de las nuevas grandes víctimas".

Y sobre lo que le ocurre al joven de 16 años en esos

días de prueba, nos pinta la siguiente escena Rafael Estenger:

"El señor Mendive recibió el semanario con el poema *Abdalá*, y comenzó a extrañar que Martí no hubiera ido a visitarlo. Con el señor Mendive, en torno de una gran mesa de caoba, charlaban el viejo don Cristóbal Mandan y el bondadoso Fermín Valdés Domínguez. Muy cerca, doña Micaela Nin, la esposa de Mendive, con sus costuras en las manos. Oyeron de pronto un peculiar toque en la puerta. Llegaba José Martí. Dicen que doña Micaela preguntó al recién llegado:

"—¿Qué te pasa, Pepe?"

"El visitante apretó fuertemente los labios, como para contener un sollozo. Sus grandes ojos tenían una dramática angustia. El sombrero le vacilaba en la mano trémula. Todos callaban estupefactos, de pie junto a la mesa. No pudo el muchacho responder a la pregunta sencilla de Micaela, y se dejó caer en una silla, donde rompió a sollozos largamente. ¿Qué le había ocurrido al muchacho poeta de *Abdalá*, que no venía con la sonrisa en los labios para recibir las felicitaciones de los amigos? Nada decía, rojo de vergüenza.

"El señor Mendive se quedó entonces a solas con el discípulo lloroso, porque las grandes penas quieren recogimiento, y le oyó contar al oído las iras de don Mariano al recibir "La Patria Libre". El celador le amenazaba y le reñía. Cuando leyó, a destajo, aquel periódico sincero, le pegó enfurecido. El dulce maestro que tenía barba de apóstol, y lo era, trataba de consolar al muchacho.

"—Estoy seguro, le dijo, que a tu padre se le pasará el mal humor: llegará a respetar y comprender tus ideales".

* * *

Así le hablaba el señor Mendive a su discípulo, cuan-